



Víctor M. Ballesteros

“Basalenque ante los problemas del campo y la ciudad”

p. 839-851

*La ciudad y el campo en la historia de México.
Memoria de la VII Reunión de Historiadores
Mexicanos y Norteamericanos. Papers presented
at the VII Conference of Mexican and the United
States Historians*

Gisela von Wobeser y Ricardo Sánchez (editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

956 p.

ISBN 968-36-2348-4 (tomo II)

ISBN 968-36-1865-0 (Obra completa)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/276-02/ciudad-campo.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



VII. Vida intelectual, educación y arte





Víctor M. Ballesteros

Basalenque ante los problemas del campo y la ciudad

Introducción

La labor de evangelización de los frailes agustinos, lo mismo que la de dominicos y franciscanos en el siglo XVI, fue una tarea eminentemente rural. Las continuas referencias en las crónicas al ambiente físico y a las dificultades que éste les presentaba, nos muestran el cotidiano enfrentamiento de los religiosos con la naturaleza, muchas veces adversa, otras más propicia, pero nunca ajena a su labor de apostolado. El carácter de la misión que se habían impuesto, obligaba a los “conquistadores espirituales” al conocimiento de la naturaleza del país para comprenderla y dominarla. Los obstáculos que se opusieron a su labor fueron múltiples, entre otros, los derivados del contacto con sociedades insospechadas, en un territorio tan vasto como desconocido, con una configuración topográfica muy accidentada y de climas muy variados.

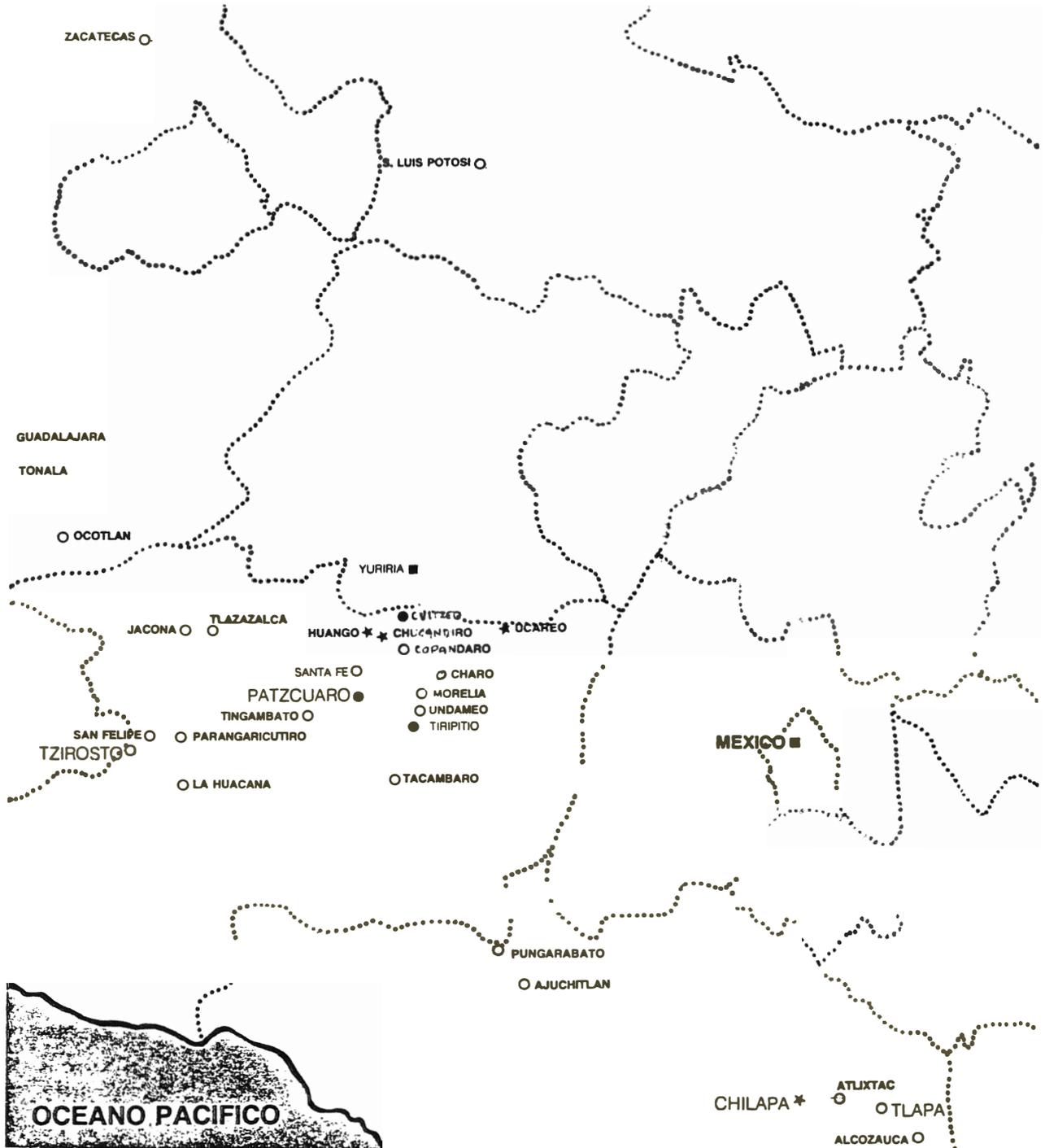
Fray Diego de Basalenque en su *Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán* describió las vicisitudes de sus hermanos de religión desde los primeros años que éstos pasaron en Nueva España. Esquemáticamente podemos apuntar tres rumbos principales hacia los cuales los agustinos dirigieron sus misiones: al norte, al occidente y al sur de la ciudad de México. El cronista, nacido en la península, llegó siendo un niño e ingresó a la orden en 1593, cuando tenía 16 años. Ahí se dedicó a impartir diferentes cátedras durante 50 años. A pesar de su continua actividad en las aulas, Basalenque no se aisló del mundo, pues en su obra revela un conocimiento amplio de las regiones donde transcurrió su vida, en especial de la provincia de San Nicolás de Tolentino. Esta provincia nació en los primeros años del siglo XVII y abarcaba una extensa área comprendida entre las ciudades de Zacatecas y San Luis Potosí por el norte, Guadalajara por el occidente, por el sur y sureste la llamada “tierra caliente”, cuyas fundaciones más australes fueron Alcozauca y Tlapa en el hoy estado de Guerrero, cerca de los límites con el de Oaxaca. (Veáanse los mapas 1 y 2).

La lectura de esta crónica, que es abundante en descripciones del ambiente físico, nos muestra los conceptos que poseía el autor sobre lo urbano y lo rural, es decir, sobre la ciudad y el campo. Ir desentrañando estos conceptos de las páginas de Basalenque y luego analizarlos es el objetivo del presente trabajo.

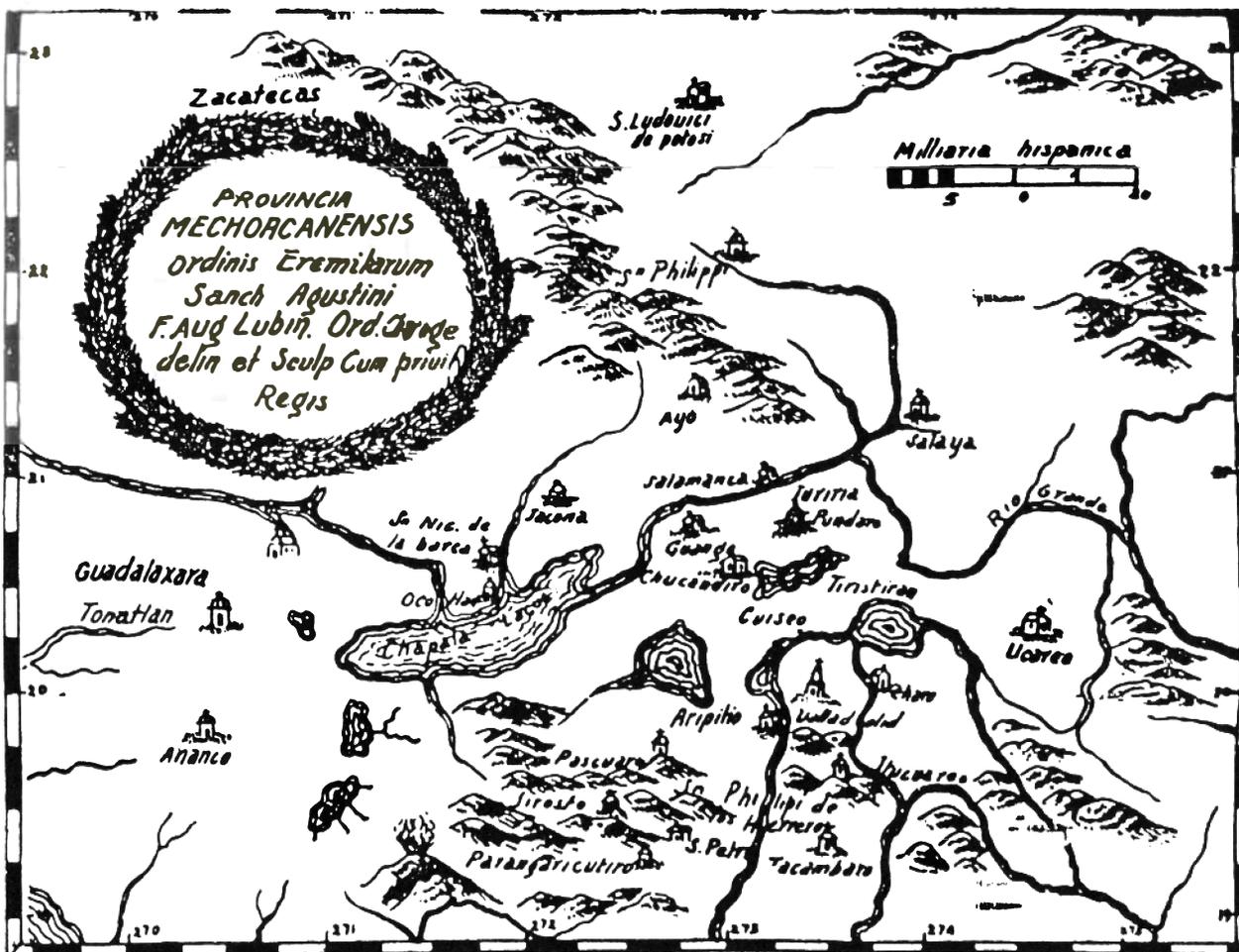
En el proceso de realización de la “conquista espiritual” y para los fines de esta investigación hemos identificado ciertos estadios que aparecen claros en la crónica, y que van desde el instante en que llegan los misioneros, hasta que se han asentado permanentemente en un lugar y realizan actividades de expansión de orden social, religioso, económico, etc. Éstos son: a) el momento del enfrentamiento con sociedades y medios físicos extraños, b) el periodo de la fundación de conventos y pueblos, c) la etapa de desarrollo de esos asentamientos en diferentes aspectos. De esta manera, este texto se ha dividido en tres partes que corresponden a dichos estadios.

Enfrentamiento con el medio

Después de que los agustinos establecieron como base para su actividad a la capital del virreinato, con su “primavera inmortal”, tuvieron que incursionar por regiones



Mapa 1. Algunas fundaciones de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacán. Kubler, *op. cit.*, p. 647.



Mapa 2. Provincia Agustiniiana de Michoacán, de F. Aug. Lubin. Posterior a 1567, omite la Tierra Caliente. Anterior a 1725, no pone a Querétaro. Basalenque, op. cit., p. xv.

cada vez más alejadas de la ciudad de México, donde el clima, la configuración del terreno y la hostilidad de los indígenas se conjugaban para hacer aparentemente imposible su labor. La “tierra caliente” es una región con estas características, y allí se dirigieron los agustinos a partir de 1537. Nuestro autor entiende por “tierra caliente” la situada al sur de las cordilleras que hoy conocemos por Sierra Madre Occidental y Sierra Madre del Sur. Los territorios al norte de ellas los considera “tierra fría”, y los que están al sur “tierra caliente”. En esta amplia región se encuentran distintas poblaciones de los actuales estados de Guerrero, Michoacán y Colima entre las cuales se menciona a Nuncupétaro, Sirándaro, Hungarabato, Cusío, Cutzamala, Ajuchitlán y otros, que a decir del cronista:

[...] son muy cálidos y carecen de agua, porque aunque tienen grandes ríos, van muy osinados (sic), y la tierra es muy doblada, grandes sierras sin árboles, llenas de sabandijas y mosquitos, tierra para quien no ha nacido en ella inhabitable, y para los nacidos insufrible, cuyos caminos espantan y aterrorizan, que parece que no los pueden atravesar sino pájaros, [...] la otra poblazón está en la costa del mar, donde están los Aputzahualcos, los Motines, Tzacatula y las poblaciones que corren hasta Colima, tierra más fresca de aguas, pero muy caliente, muy llena de mosquitos y otros mil animales ponsoñosos, toda tierra tan áspera y tan desigual en sus sierras, que unas parece se suben a las nubes y otras buscan el centro de la tierra [...].¹

A la connotación del campo como lugar inhóspito, Basalenque agrega otros significados y valores negativos que definitivamente lo sitúan como el concepto opuesto a lo que representa el medio urbano, pues continúa diciendo: “[...] y así, no es tierra que se trajina: ni los naturales buscan a los de afuera porque se destemplan con el frío; ni los de afuera les comunican, porque se abrasan con su calor”.²

De esta manera, los habitantes de aquellos lugares vivían aislados cuando lo natural en el hombre es, según la escolástica, vivir en una ciudad, lo contrario se mira como resultado del infortunio y las carencias.³ San Agustín define a la ciudad como una congregación vinculada por el anhelo de paz, punto de engarce entre la divina ciudad y la ciudad terrenal.⁴ Consecuentemente, quienes vivían aislados y apartados de los demás pueblos debido a lo abrupto de la región estaban más cerca del mal y del mal por antonomasia: el demonio. Estos naturales eran gente: “[...] más simple y por consiguiente más engañada del demonio, el cual más aquí entre estos peñascos y picachos frágiles de la tierra, se habría más encastillado, y los tenía en mayor cautiverio”.⁵

El demonio se identifica con los sitios penosos, agobiantes y peligrosos como la “tierra caliente”, la cual Basalenque convierte, lo mismo que su antecesor fray Juan de Orijalva, en la morada natural del demonio, al considerarla como la peor tierra que tiene Nueva España.

[...] por ser doblada, muy caliente, llena de mosquitos y malas sabandijas, donde no se hallaba mal el demonio, antes quizás mejor, porque con las malas calidades del puesto vivía más a su seguro siendo allí adorado y respetado de aquellos míseros naturales, que por desgracia suya, vivían contentos en tierras tan malas, y sirviendo a un señor tan inhumano como el demonio.⁶

En estas ásperas tierras “buscaban nuestros apóstoles” dice Basalenque, enfrentando a la exótica naturaleza y a la dispersión de la población. Todo lo cual

¹Diego Basalenque, *Historia de la provincia de San Nicolás de Diego Tolentino de Michoacán, del orden de Nuestro Padre San Agustín*, prol. de José Bravo Ugarte, México, Editorial Jus, 1963 (México Heróico), 18 p.47.

²*Ibid.*

³María del Carmen León Cázares, *La plaza mayor de la ciudad de México en la vida cotidiana de sus habitantes siglos XVI y XVII*, México, Instituto de Estudios y Documentos Históricos A.C., 1982 (serie estudios, S).

⁴*Ibid.*, p. 27.

⁵Basalenque, *op. cit.*, p. 82-83.

⁶*Ibid.*, p. 29.

contribuía a que los frutos fueran pocos, pues aunque muchas veces los indios caciques y principales eran catequizados, “otros más incapaces quedaban tiranizados con embustes del demonio.”⁷ La resistencia a adoptar la religión cristiana tuvo como último reducto al campo, fenómeno que obedece a un proceso natural como lo describiría siglos después Michelet en su libro *La hechicera*, donde señalaba ciertos elementos tales como la soledad, el aislamiento y existencia de situaciones adversas, como propicios al desarrollo de cierto tipo de pensamiento mágico.⁸ Estos conceptos nos acercan al sentir del cronista cuando afirma:

En ninguna tierra hubo más hechiceros que en ésta ni que tuviesen más expresos con el demonio, que en ella, de arte que pasados muchos años de la predicación y bautismo, hallaban los ministros mil hechicerías, e idolatrías en las rancherías, que no venían a poblado [...] ⁹

En este sentido, tenemos: campo igual a aislamiento, que es igual a resistencia a la evangelización que es igual a hechicería. Por otro lado, los mismo frailes estaban bien distantes unos de otros y convertían esa soledad en ocasión de penitencia para sus ejercicios espirituales y los rigores del clima en elementos de mortificación.¹⁰

Adaptación al medio

El ambiente físico en el cual está inserto el hombre se le presenta como un desafío, tanto a su creatividad como a su instinto de sobrevivencia. En tales circunstancias surge la necesidad de crearse un sitio propio donde se sienta seguro y protegido de los elementos naturales, de los animales y de otros hombres inclusive. Se crean así las ciudades, como una barrera humana frente al mundo natural, y por ese acto el hombre modifica las condiciones del medio y lo hace de tal forma, que las nuevas circunstancias llegan a formar “un mundo especial”, una especie de segunda naturaleza que a su vez influye sobre el ser humano. El hombre va a poco dominando la realidad, humanizándola, acrecentándola con algo que él mismo crea: la cultura.¹¹ La fundación de los pueblos en Nueva España, ya por los conquistadores o por los frailes, obedecía a los móviles de este proceso. Advirtiendo que el pomposo título de ciudad, en las primeras épocas, era más una fórmula legal que una realidad física.¹²

Transcurrido el momento del choque o encuentro de frailes e indígenas, comenzaron los progresos de la evangelización, y dichos progresos trajeron consigo la colaboración de los indígenas (voluntaria o forzada), en las obras materiales de los frailes. Tales obras consistieron en la construcción de templos y conventos, en la fundación o reubicación de pueblos y en la construcción de acueductos, etc. En el proceso de urbanización, los frailes en ocasiones obraron como punta de lanza, otras veces llegaron después de establecidos los conquistadores, ya sea a fundar centros urbanos nuevos o a asentarse en lugares previamente poblados como ocurrió con mayor frecuencia. En el caso concreto de la la región historiada por Basalenque destaca la existencia del que fuera el reino tarasco, que abarcaba los actuales estados de Michoacán y Colima, y parte de los de Jalisco, Guerrero, México, Querétaro y Guanajuato. Este reino era vecino en su parte occidental del llamado Imperio mexicano, aunque era menor que éste tanto en extensión territorial como en población.¹³

A pesar de que en muchas ocasiones los frailes encontraban poblaciones ya

⁷*Ibid.*, p. 82-83.

⁸Jules Michelet, *La hechicera*, Buenos Aires, (s.c.), 1973, *passim*.

⁹Basalenque, *op. cit.*, p. 88.

¹⁰*Ibid.*, p. 117 y 219.

¹¹Ernest Cassierer, *Antropología Filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979 (Colección Popular, 41), p. 108.

¹²Jorge H. Hardoy (ed.), *Urbanization in Latin America. Approches and Issues*, New York, Anchor Books Doubleday, 1975, p. 17.

¹³Luis Unikel et al, *El desarrollo urbano en México: diagnóstico e implicaciones internas*, 26 ed, México, El Colegio de México, p. 18.

establecidas, tenían que reubicarlas o reordenarlas de acuerdo con los criterios o patrones urbanos que poseían por experiencia. El caso de Tiripitío es un ejemplo claro, donde Basalenque explica que hacia 1537 se emprendió la “fábrica” del pueblo y la iglesia:

[...] y que echó para todo el nivel y medida echando cordeles, y abriendo zanjas; para lo cual vinieron maestros de México, asimismo otros religiosos ministros [...] los cuales quedaron encargados de dos fábricas, espiritual y la material [...] Lo primero se ordenó el pueblo, porque vivían sin traza en los edificios, viviendo cada uno por sí, en riscos los más buñíos. Formóse el pueblo, con sus calles y plazas, y luego se hizo una obra de grande importancia, que fue traer agua para todo el pueblo, de dos leguas de allí, por su acequia [...] las casas se edificaban bajas, a su modo, más con el cumplimiento necesario para su habitación, de sala, cocina y las más con sus oratorios para guardar sus imágenes, y tener en ellas su retiro para rezar. Hiciéronse así mismo unas calzadas anchas y buenas [...].¹⁴

Algo similar ocurrió con el pueblo de Jacona, pero a cargo exclusivamente del agustino fray Sebastián de Trasierra, quien a finales de 1555 instó a los pobladores a cambiar el pueblo a otro sitio, pues donde estaba era un lugar seco y el fraile propuso poblar cerca del río. Así lo hicieron y se beneficiaron haciendo huertas de árboles frutales. El padre Trasierra organizó al pueblo considerando en primer término el cauce del río, y no tanto la rectitud de las calles o ubicación de las plazas, es decir tratando de obtener el mayor beneficio de tal corriente de agua. Comenzó luego a edificar el convento y la iglesia, al centro del poblado, sin embargo, el sitio elegido para ello resultó con deficiencias en el drenaje, de tal manera que cuando llovía se convertía en un lodazal, y Trasierra decidió abandonar la obra iniciada y comenzar otra al principio del pueblo donde está hoy”.¹⁵

Hacia 1552 el padre fray Juan Bautista Moya se dirigió a “tierra caliente” y se encontró con que algunos indígenas reacios a aceptar el cristianismo se habían retirado a unos montes, donde realizaban cultos de su antigua religión. Cuenta Basalenque que se resistían a los llamados del fraile, y que pusieron como condición para dejar el monte, el encontrar agua cerca de ahí, pues este elemento escaseaba por aquellos contornos. El padre Moya -a decir del cronista- obró un milagro haciendo que cavaran en cierto lugar donde brotó una fuente. Una vez que abandonaron su aislamiento, fray Juan comenzó a organizarlos en pueblos. En Pungarabato “los compuso y formó vecindades” e inclusive construyó una iglesia de cal y canto. Fue prosiguiendo su labor hasta llegar a Ajuchitlán “donde también introdujo la policía de pueblos y calles” y edificó la iglesia.¹⁶ Cuando murió Moya, en diciembre de 1567, los agustinos abandonaron la administración de la “tierra caliente”.¹⁷

De gran interés es el relato de Basalenque sobre la fundación de Valladolid: Hacia 1541 con motivo de la llamada guerra del Mixtón, el virrey Mendoza salió personalmente a dirigir las acciones militares contra los insurrectos. Durante su viaje supo que los chichimecas atacaban a los “naturales de paz”, y decidió construir presidios. Ordenó edificar uno en Tzinapécuaro y en el sitio de Valladolid dispuso la fundación de una ciudad.¹⁸ Bravo Ugarte en sus notas advierte que tal fundación ya la había decidido Mendoza antes de salir para el Mixtón. Sin embargo, lo que importa en el texto son los criterios que se tenían presentes para la elección del sitio en que debía fundarse una ciudad, y que son nada menos que las siete condiciones que sugiere Platón;

¹⁴Basalenque, *op. cit.*, p. 59-60. Noticia de interés resulta la participación de “maestros”, que se llevaron ex profeso desde la ciudad de México para trazar el pueblo.

¹⁵*Ibid*, p. 172-173.

¹⁶*Ibid*, p. 51, 52 y 53.

¹⁷*Ibid*, p. 52 y 108.

¹⁸*Ibid*, p. 97-98.

Lindo puesto, y fuerte para los edificios, que nunca le inundan las muchas aguas [...] Lo segundo que pedía Platón era que estuviese descombrada de montes y sierra para que al sol la bañe luego que nazca, y los aires la purifiquen [...] Tiene dos ríos, que es tercera calidad para la buena ciudad [...] Tiene asimismo abundancia de pan, quinta calidad, pues tiene a ocho leguas en contorno muchos valles para maíz y para trigos de riego, tiene abundancia de pescado y carne, sexta calidad [...] Sólo le falta [a Valladolid] la séptima condición porque ni es puerto de mar ni tiene minas [...] .¹⁹

Valladolid no es fundación agustina, sin embargo, es interesante comparar estas siete condiciones con las características de otras muchas fundaciones agustinas en Nueva España y ver cómo en varias se cumplen en buena parte.

El clima fue un elemento condicionante que influyó, por ejemplo, en la elección del lugar donde se estableció la primera casa de estudios mayores que tuvo la provincia, y así se designó a Tiripitío para tal fin en 1540, pues además de que el convento estaba terminado “el temple y la quietud de la provincia -dice Basalenque- se tuvo por el mejor de los pueblos que entonces administrábamos”.²⁰ Manejando criterios similares respecto a la habitabilidad de un sitio, el cronista asegura que el clima y la situación geográfica decidieron a don Vasco de Quiroga a cambiar la sede del obispado desde Tzintzuntzan a Pátzcuaro, a donde convocó a muchos naturales a avendarse para convertir a este poblado en importante centro urbano.²¹ También “por el mal temple”, dice fray Diego, la cabecera del Reino de Nueva Galicia se pasó desde Compostela (de Nayarit) a la ciudad de Guadalajara”.²²

La orden agustina desarrolló una importante función social en la Nueva España durante el siglo XVI. El convento se convertía no solamente en el centro urbano, sino en el eje de actividades económicas, sociales y por supuesto religiosas. Así lo ejemplifica Basalenque en sus páginas cuando se refiere a Tiripitío:

Ordenada la policía del pueblo, trataron del edificio de la iglesia, y alrededor de ella todo lo que le pertenecía. Hacia el mediodía el convento, al oriente el hospital, al norte la escuela de cantores, y de muchachos para leer y escribir, al poniente el cementerio con sus capillas donde los niños aprehenden la doctrina .²³

En el mismo pueblo describe el cronista el funcionamiento del hospital, donde cada semana presentaba sus servicios ocho a diez matrimonios de indios, los cuales llevaban comida para los enfermos, barrían y hacían la limpieza, trabajando además “cada uno en su oficio”, siendo las “ganancias” para los gastos del hospital.²⁴

En las escuelas que se crearon en cada convento, se alfabetizaban a los niños que asistían desde los ocho años. Se les escogía además por su voz para formar el coro, y si mostraban aptitudes se les enviaba a la escuela de canto y música.²⁵

El caso de Tiripitío ilustra muy bien el proceso de aculturación y el cambio tan brusco que se indujo en las costumbres de los indígenas al “meterlos en policía”, pues en el coro de esta iglesia: “Todos los días cantaban *Te Deum Laudamus*, y las horas de Nuestra Señora, y a la tarde, al poner del sol, Vísperas y Completas de la Virgen, excepto los domingos y fiestas que cantaban el oficio divino; y esto a sus horas [...]”.²⁶

Basalenque también muestra satisfacción con lo ocurrido en Tacámbaro, que según sus palabras: “quedó un paraíso, en lo espiritual como lo era en lo material de sus

¹⁹*Ibid.*, p. 98-99.

²⁰*Ibid.*, p. 64

²¹*Ibid.*, p. 214-215.

²²*Ibid.*, p. 197

²³*Ibid.*, p. 60

²⁴*Ibid.*, p. 62.

²⁵*Ibid.*, p. 43 y 62.

²⁶*Ibid.*, p. 62

huertas, porque con haberlos avecinado [a los naturales] en el pueblo y metíolos en policía [...] como el común de la gente es dócil, quedó muy bien plantada la fe [...]”.²⁷

Sin embargo, la docilidad de los naturales “metidos en policía”, es decir, habitantes de pueblos, contrastaba con la barbarie de los que habitaban el campo: los chichimecas o chichimecos, como les llamaba Basalenque. Los cuales, además de no someterse a los hispanos, atacan a los naturales de paz avecinados en los poblados de frontera. Tal fue el caso de ataque a Yuririapúndaro, durante el cual el pueblo se refugió en la iglesia, y quienes no lo hicieron fueron capturados por los nómadas.

[...] porque era la primera poblazón que estaba en términos de chichimecas y así le hacían muchos daños, y aún [dice el cronista] hasta estos nuestros tiempos se atrevieron a embestirle un día y el pueblo se recogió a la iglesia y sobre la puerta está un San Nicolás de piedra, y pensando ellos que era persona viva, le tiraron flechazos, y uno fue [con] tanta fuerza, que clavó la flecha en la piedra y se le ve la señal. Esta vez cogieron alguna presa de gente [...] .²⁸

Un hecho fatal sucedió a un agustino en Jamay, visita de Guadalajara en la ribera de Chapala, en un sitio donde los chichimecas tendían emboscadas. El religioso iba a caballo y su criado indio a pie, éste logró huir, pero al fraile lo mataron y desollaron los chichimecas. “Vio que lo flecharon y muerto le quitaron la corona desollándola de la cabeza y que se le ponían haciendo baile; llevaron el cuerpo para comello”.²⁹

En este sitio se construyó un fuerte que se mantuvo hasta 1598 cuando se hicieron las paces con estos grupos nómadas.

La antinomia campo-poblado aparece clara en varios aspectos, y es evidente respecto a sus habitantes. Mientras que los naturales avecinados en un poblado se han convertido al cristianismo, los chichimecas nómadas, o los campesinos que no viven en un pueblo, son o tienden a ser, idólatras o apóstatas. El ambiente natural del fiel es el pueblo, es decir, el medio geográfico humanizado, confortable y grato, señoreado por el templo y el convento que proporcionan abrigo y protección espiritual y material inclusive. Por contraste, el ambiente propio del bárbaro será el campo inhóspito e insalubre, al cual Basalenque se llega a referir en los siguientes términos: tierra “en unas partes fría por su altura y en otras caliente por sus hoyancas, tierra sin regalo y basta decir que es habitación de chichimecos”.³⁰ En el campo además, los nómadas llevaban la ventaja: “porque [...] comen lo que hallan [...] y duermen a las inclemencias del cielo, lo cual no pueden hacer los españoles”.³¹ Además de que los nómadas conocían muy bien el terreno y se desplazaban con rapidez a través de él. Ante tales características, lógico era adjudicar el señorío de estas tierras al dominio, causa de todo mal, y por tanto del desorden, del *caos*, opuesto al *cosmos*, al orden que representaba la ciudad.

Para imponer el orden era pues necesario crear poblados. La política de la corona de congregar y reducir a pueblos a la población dispersa, se complementó entre los chichimecas con ayuda de indígenas sedentarios: tal papel lo desempeñaron los tlaxcaltecas, “y en las principales poblaciones o rancherías que se hicieron, puso su majestad Tlaxcaltecos que les enseñasen policía de sembrar”.³² Aun así, los alzamientos de los “bárbaros” no cesaron, y la inseguridad en el campo seguía siendo su característica.

La política de reducciones estaba plenamente justificada puesto que el sistema de justicia, administración y defensa, lo mismo que la organización eclesiástica, descansaban sobre una base urbana. Sin embargo, la realización de tales

²⁷*Ibid.*, p. 84

²⁸*Ibid.*, p. 126-127.

²⁹*Ibid.*, p. 202

³⁰*Ibid.*, p. 243

³¹*Ibid.*, p. 202

³²*Ibid.*, p. 203

congregaciones fue de efectos nefastos. Nuestro cronista describe en tono dramático sus consecuencias.

El primer intento de congregación lo realizó don Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, quien ordenó que todos los habitantes de la visitas se congregaran en sus cabeceras, pues “vivían muy fuera de los ojos de sus ministros”.³³ Hubo, empero, ministros que advirtieron los inconvenientes de tal acción, pues sabían que los naturales debían contar con tierras para su sustento y cuidar de ellas buena parte del año, y que ese cuidado se les dificultaría no teniendo su casa cerca de ellas. Aún más, aseguraban que se dificultaría en mayor medida la administración de los sacramentos, pues se deterioraría la organización de los pueblos.³⁴

Zúñiga envió a cuatro “demarcadores” a los obispados de Puebla, México, Michoacán y Oaxaca, con el fin de que eligieran los lugares más apropiados para hacer las congregaciones. Como los enviados del virrey desconocían las regiones donde actuaban, cometieron errores, inclusive tuvieron enfrentamientos con los religiosos de las distintas órdenes, que poseían un mejor conocimiento de sus respectivas comarcas. Al final, dice Basalenque, se dio más crédito a los ministros, y se oyó también a los propios indígenas.³⁵ Lo que no se alteró fue la decisión de congregar a la población dispersa, lo cual se realizó por el año de 1603. La opinión de Basalenque es ilustrativa de los efectos que se causaron:

[...] fue una de las mayores pestes y enfermedades para menoscabar a los naturales de cuantas han tenido, porque los echaron de sus tierras y llevaron [a] las cabeceras donde los obligaron a hacer casas nuevas, vivir en temples diferentes, sin tener tierras bastantes que sembrar, de que les provino tanta melancolía, que unos se huían vagueando por otras tierras expuestos a morir de hambre; y los que quedaban enfermaban con la novedad del temple y la conversación de gentes, y otros antes de llegar a la cabecera, viendo derribar sus casas, talar su huertas, demoler sus iglesias sin haber cometido delito, se entristecían, enfermaban y morían; y a tal le sucedió (como nos contaban) que en el Obispado de Oaxaca, viéndose expeler de su casa, derribarla, talar sus árboles, irse a uno y ahorcarse; y si no se cree todo, considere la posibilidad por lo que sucediera en España, si mandara su Majestad que todos los de las aldeas de Madrid, viniesen a vivir a la Corte, y hiciesen casas en ella y les derribasen las suyas, destruyesen sus heredades arruinasen sus tierras, derribasen la iglesia donde tienen sus difuntos y fuese (sic) a vivir a una Corte sin tener casa, ni de que comer ¿qué les sucedería a aquestos que tienen más discursos para resistir los trabajos?. ¿Y no a estos pobres, que luego se descaecían y la sola aprehensión los mataba? Al fin la experiencia trajo el desengaño, y habiendo experimentado algún tiempo, que no paraban en las cabeceras, sino que se volvían a sus tierras, con menos administración que antes tenían, se tomó otro acuerdo (aunque tarde) de que se volviesen a sus casas; algunos se volvieron (aunque pocos) y otros ni se volvieron ni se hallaron en las cabeceras; y así fue la total ruina de los naturales .³⁶

Aprovechamiento del medio.

Como mencionábamos al principio de este trabajo, una vez que los religiosos superaron las adversidades del ambiente natural y humano, sentaron sus reales y comenzaron a desarrollar importantes actividades no exclusivamente apostólicas, sino de tipo económico, de impulso a la agricultura y a la ganadería de su comarca. En otras palabras, con la aparición de la ciudad y su eje el convento, se inicia un proceso de interacción entre los dos ámbitos, el urbano y el rural. Proceso muy bien caracterizado en el orden económico dentro de la crónica de Basalenque. Es decir, el agustino escribió su obra con el propósito de producir una historia edificante, y

³³*Ibid.*, p. 223

³⁴*Ibid.*, p. 222-223.

³⁵*Ibid.*, p. 228-229.

³⁶*Ibid.*, p. 244-245.

efectivamente (sobre todo en la primera parte), se advierte un tono heroico en la narración. Aquí cabe advertir que este rasgo puede deberse a que su fuente principal para las primeras épocas, fue la crónica del padre Grijalva, quien presenta los hechos como si describiera una epopeya. Sin embargo, en la crónica que nos ocupa, el tono apologético se va matizando a medida que la *Historia* va aludiendo a épocas más cercanas al cronista. Se mencionan entonces los aspectos económicos y de subsistencia de las comunidades de frailes. Las virtudes morales de un buen prior aparecen ya complementadas con sus dotes de buen administrador,³⁷ ya de haciendas dedicadas a la agricultura³⁸ o a la cría de ganado,³⁹ a la producción de azúcar⁴⁰ o a la de tejamanil,⁴¹ etc.

Durante las primeras épocas de la evangelización, los agustinos dependían en absoluto de los indios para su subsistencia, pero el enorme decremento de la población aborigen ocurrido en el siglo XVI afectó gravemente a la comunidad indígena, la cual fue sustituida por la hacienda como unidad de producción más eficaz. Inclusive los cultivos mesoamericanos como el frijol, la calabaza, el chile y el maíz, son considerados de poco provecho por el propio Basalenque,⁴² quien además critica a cierta comunidad indígena por contentarse con producir solamente para el autoconsumo.⁴³

Contrastando con lo anterior, los conventos han logrado producir importantes excedentes agrícolas y ganaderos, a través de las haciendas de su propiedad. Refiriéndose a uno de ellos, nuestro autor expresa: “Raros son los vecinos del pueblo [,] españoles [,] que no coman de los bienes de este convento”.⁴⁴ Se continuaban, por supuesto, empleando la fuerza de trabajo de los indígenas como servidores de los conventos, peones e inclusive como auxiliares de la administración de las haciendas.⁴⁵ La dependencia directa de la comunidad indígena por parte de los cenobios se va haciendo signo de pobreza para éstos,⁴⁶ y hasta llega a verse con cierto descrédito de índole moral por parte de algún fraile.⁴⁷

En cuanto a los aspectos religiosos, se ve claramente cómo a fines del siglo XVI ha descendido el furor religioso,⁴⁸ y los europeos, mestizos y criollos se preocupan entonces por cuestiones más terrenales. El mismo Basalenque justifica esta actitud citando la frase de San Bernardo: “donde no hay abundancia no puede haber observancia”.⁴⁹

Nuestro cronista se vuelve prolijo al describir las fuentes de riqueza de las ciudades donde la orden funda sus conventos: y así nos describe el comercio, la agricultura, la ganadería, la minería, etc., de ciertas ciudades.⁵⁰ Llega a mostrarnos inclusive cómo la calidad en la construcción del convento y la permanencia de los agustinos en la ciudad de Zacatecas dependen de la prosperidad de sus minas.⁵¹

Conclusiones

El múltiple enfrentamiento de las culturas mesoamericanas con la europea, se ponen de manifiesto en la confrontación campo-ciudad. En tanto que los españoles

³⁷*Ibid.*, p. 426

³⁸*Ibid.*, p. 287, 411, 416 y 426.

³⁹*Ibid.*, p. 258, 259, 412 y 419.

⁴⁰*Ibid.*, p. 222 y 316.

⁴¹*Ibid.*, p. 154 y 156

⁴²*Ibid.*, p. 409

⁴³*Ibid.*, p. 311.

⁴⁴*Ibid.*, p. 130-131.

⁴⁵*Ibid.*, p. 393, 404, 413 y 276.

⁴⁶*Ibid.*, p. 408-409.

⁴⁷*Ibid.*, p. 411.

⁴⁸*Ibid.*, p. 418-419.

⁴⁹*Ibid.*, p. 181.

⁵⁰*Ibid.*, p. 203, 204, 225, 296 y 314-315.

⁵¹*Ibid.*, p. 205.

perseguían la creación de un reino cristiano sometido a su dominio y control, las sociedades prehispánicas sobre las que debía descansar, poseían características sociales, culturales, políticas y económicas, que dificultaban su unificación bajo un poder político único y central, lo mismo que bajo una sola religión. Dichas características -indeseables para los peninsulares- se concentraban de manera especial en la prevaeciente vida rural de los pueblos prehispánicos, y aparecían como el valor opuesto a la vida urbana preferida por los conquistadores y sus descendientes.

La ciudad para subsistir -dice Singer- tiene que dominar al campo y extraerle un excedente, dicho dominio puede ser político, incluyendo en este concepto la dominación ideológica.⁵² En esta perspectiva, el dominio del país debería lograrse como consecuencia del dominio de la ciudad sobre el campo, con todo lo que ello significaba. Parecía incuestionable que había que acabar con la dispersión poblacional, que implicaba la existencia de gente fuera de control de los gobernantes y sacerdotes (los organizadores sociales por excelencia). La población viviendo en tal estado, se consideraba nociva, se identificaba con los “bárbaros”, pues no se sometía ni a las decisiones de los gobernantes ni de los sacerdotes, conservando sus propias leyes y dioses, pero en esa misma medida rompiendo la cohesión social y haciendo imposibles la creación de un país o Estado unificado.

Por otro lado, la labor de los agustinos, destacados organizadores de pueblos y ciudades (como lo muestra Basalanque), obedece -a nuestro parecer- menos a móviles políticos de dominación, y más a una tendencia natural de sobrevivencia. Sus objetivos no son crear un ente “parasitario”, como se le califica en ocasiones a las ciudades, sino crear un espacio *humano*. Los agustinos van exorcizando al campo, lo van sometiendo a su ley evangélica, y en esa medida lo van “humanizando”, para al final del proceso beneficiarse de él convirtiéndose en sus amos. Sin embargo, si queremos definir objetivamente las relaciones entre el convento y su entorno, es decir, entre la ciudad y el campo, convendría hablar de interdependencia y no exclusivamente de dominio, aunque culturalmente siempre existirán relaciones de superior a inferior. Es decir, si entendemos el progreso como el dominio de la naturaleza por el hombre, el progreso entonces no se consigue en el campo, donde hay un total sometimiento a los elementos naturales, sino en la ciudad, donde el hombre comienza a vivir un tanto aislado e independiente de ellos. Tal era el caso de los conventos, donde además de desarrollar los valores más refinados de la cultura, se hacía participar de ellos a los indios, donde la tradición europea se convirtió en mestiza a través del tiempo.

⁵²Paul Singer, *Economía política de la urbanización*, 4a. ed., México, Siglo XXI Editores, 1979, p. 111.

